



¡ Aquellos tiempos !

por V. COBREROS URANGA

Aún se pasean por las calles, ya que no por aquellas estupendas «sumardis», la de Ugarriza y su prolongación, que llegaba casi hasta donde estuvo el matadero —en las que los cordeleros Carrera y Adarraga trenzaban cuerdas, cabos y estays, de cercano sabor marinero—; aún se pasean —digo— renterianos que conocieron el viejo puente de la carretera de Lezo, sobre el río. Todavía puede vérselo en alguna primitiva postal de principios de siglo, con sus ojos absortos, aunque no ya con su lomo suavemente curvo, como aquel otro su hermano, el de Santa Clara —irreconoscibles hoy, el uno y el otro—, teniendo por fondo, allá, hacia la bocana del puerto pasaitarra, la abrupta silueta de las estribaciones del monte Ulía.

No existía entonces, aldeaño al puente, el restaurante «Oarso Ibai», el de las parisinas patatas «soufflées», que le dieron justa fama, anterior al segundo «Panier Fleuri», que conocemos hoy —ya que el primero estuvo próximo a la fábrica de tejidos de Alzate, cerca de la fábrica de Ácidos Tártricos, luego Alcoholera—, ni mucho menos edificio alguno en el llano marismeano —varias anclas de galeones se hallaron en él, cuando se construyó la fábrica de galletas «Olibet»—, que después se llamó de Las Casas Nuevas.

Sentados en los pretilos del puente, antes de que fueran

sustituídos por las barandillas metálicas de nuestros tiempos infantiles, solían planear sus alijos los componentes de la panda más osada de los otrora famosos «paqueteros» renterianos, los anohecidos de buen tiempo, cuando por la primavera los ruiseñores de los altos y frondosos chopos de hacia la estación del ferrocarril, pasada la negra chimenea metálica de la papelera «Vasco-Belga» —antecesora de La Papelera Española—, comenzaban a entonar sus maravillosos trinos. Porque, por aquellas felices calendas, se daba en Rentería la arriesgada y casi torera, a fuer de quiebreros y regates, flor «paqueteril», que ya desapareció, como su celebrado puerto de siglos atrás, como su Casa de la Renta —de donde quizá el último nombre de la Villa Nueva de Oarso—, como tantas cosas más.

No se me alcanza la razón por la que los «paqueteros» escogieran aquel hartado señalado punto de reunión. De no saberlos gente pudorosa, fuera cosa de pensar en cierto reto altanero y jaque frente a los mismísimos mostachos de los carabineros, que tantas veces habían de pasar el puente ante ellos. De seguro que obraba en su subconsciente algún eco atávico, ya que todo puente tiene no poco de lazo de unión entre dos fronteras: las una y la otra orillas del río, cuando menos. Un puente, para un «paquetero» de pro, viene a ser

el más aparente y legítimo cuartel de su escudo. El caso es que allí solía reunirse nuestra gente, sin curarse demasiado de ser reconocida por los viandantes, al cruzarse con ella, como profesional de actividades matuteras.

Eran, a no dudar, maravillosos por lo ingenuos aquellos tiempos. Muchas veces me contó doña Agustina —libro viviente de cuanto aconteciera cien años ha por el pueblo—, cómo en las noches de alijo los «paqueteros» apagaban las luces de las calles para poder introducir con mayor sigilo por ellas el matute. Yo he llegado a conocer los faroles de petróleo en los cantones de las calles renterianas; faroles aún en uso las noches que se prevenía la falta de fluido eléctrico, motivada por uno de tantos frecuentes azares. Cuesta hoy creer en la ingenua picardía de aquellos contrabandistas de nuestro pueblo. Pero doña Agustina era veraz, pese a los rojizos chipitos de su bisoñé, lo sólo no auténtico en ella. Rentería se alumbraba con faroles de petróleo, y los insomnes podían oír cantar las horas a los serenos: ¡Ave María Purísima: las «contze, eo las dose» y lloviendo...!

El padre de doña Agustina había sido sargento en las filas de Zumalacárregui. «Muta mutandi» —la vida es la vida, que diría un Hamlet de Gabierrota o Ponthika—, en la segunda guerra carlista fue instructor del marcial «Batallón de Voluntarios de la Libertad», de la noble y leal villa de Rentería. Los belicosos milites del aguerrido batallón —cuyos hijos se libraron de quintas por el liberal gesto de sus padres— solían hacer la instrucción en el amplio frontón a lo largo —luego Plaza de los Fueros—, ante la embobada contemplación de las «echekoandres», asomadas a las ventanas de sus casas; las no menos curiosas mocitas, de vuelta de la fuente, con sus herradas a la cabeza; y los socarrones desocupados, sentados en los corridos pretiles de ambos lados de la plaza, entre los cuales habrían de encontrarse más de uno y de dos disimulados —hoy diríamos camuflados— carlistas.

Lo gracioso del caso es que, en los momentos de descanso y mientras se liaban y fumaban unos pitillos, a los bravos voluntarios les dio por improvisar coros filarmónicos con las viejas canciones carlistas que el instructor les enseñaba, de más sentidas melodías para ellos, sin duda, que las del Himno de Riego, el Trágala o el coro de los «Puritanos», al que los revolucionarios madrileños pusieron la letra aquella, llena de esdrújulos, de

«Suene la trompa intrépida,
brille la espada democrática,
corra la sangre aristocrática
y ¡viva la libertad!

Encantadora paradoja la de aquellos sencillos tiempos. ¡Los «Voluntarios de la Libertad», cantando a tres y cuatro voces, como un orfeón con todas las de la ley, canciones de los carlistas!

Cierto que no sería al reclamo de estas canciones por lo que se acercasen de vez en cuando al pueblo algunas avanzadillas de las tropas carlistas sitas en Txoritokieta y los cerros de los alrededores. Campanas a rebato, cuando se llegaba a divisarlas, refuerzo en las guardias, apresurado cierre y atrancamiento de las puertas de la villa, y ¡ojo a los tiros perdidos, que suelen ser los peores!

—¿Vio usted a los carlistas, doña Agustina?

—¡Más de una vez! ¡«Ené, qué miedo, con aquellas barbas hirsutas y aquellas caras negras, arrebatadas...! ¡Cómo nos gritaban, por Atzeko atea: «Buena os vamos a «hacer» a vosotros, si os cogemos»...! ¡Jesús, María «ta» José!

Y la excelente doña Agustina, tras de santiguarse, se atu-

saba los desteñidos chipitos de su bisoñé, disimulando con su tic nervioso el escalofrío que le había producido la evocación.

—Una vez... Pero el susto, en ésta, no nos lo llevamos nosotras, sino un conspicuo carlista del pueblo: el maestro Bizcarrondo. Pues, va y ¿no se le ocurre al Cura Santa Cruz venir a visitarlo en plena guerra y a la luz del día? Algo importante tendrían que hablar, para que el «Nagusi» —así lo llamaban sus muchachos— se decidiera a entrar en Rentería. De este gesto del Cura Santa Cruz nos enteramos tiempo después. El caso fue que, luego de charlar con el maestro en casa de éste, hizo que lo acompañara a la estación del ferrocarril, donde tomó el tren. ¡Buenos apuros debió de pasar Bizcarrondo, llevando a su vera, por las calles de Rentería al Cura Santa Cruz, con su barba negra, su chaleco de Bayona y encasquetada la «txapela» a su aire, temiendo lo reconociera alguno de aquellos bravos chicos del «Batallón de Voluntarios de la Libertad»!

¡Felices tiempos aquellos, de un Rentería en el que los «paqueteros» apagaban las luces de las calles para pasar desapercibidos; los soldados del «Batallón de Voluntarios de la Libertad» cantaban a coro viejas canciones carlistas, y éstos asustaban, al otro lado de las paredes de Atzeko atea, con sus aspectos montaraces y sus amenazas, a mi amiga doña Agustina Illarramendi y a sus amigas, allá por sus dieciséis floridos añitos!

HUMORADAS

Corrían los tiempos de la segunda decena del siglo. En aquel Rentería chiquito privaba la afición a la sidra. Un buen día de abril, una figura ya desaparecida, popular en el pueblo, regresaba al filo de las diez de la noche, tras de haber ingurgitado gran cantidad del sabroso caldo, y al llegar frente al Ayuntamiento, fue acometido por una imperiosa necesidad fisiológica de orden inferior, a la que dio rienda suelta en el mismo lugar, con la mala suerte de ser sorprendido por el cabo de la Guardia municipal, don Laureano García, (q. e. p. d.), quien severamente reprendió al infractor, el cual arguyó en su defensa:

—¡Oye, Laureano! Si esto lo hiciera un buey ¿qué es lo que harías?

—¡Hombre...! Nada.

—Pues considérame un buey a todos los efectos.

* * *

De tiempo posterior y, también a cargo del aludido dignísimo cabo de la Guardia municipal. Un buen día sorprendió atravesando la Alameda pequeña, a la altura del puente de Aurrerá, a otro llorado amigo, atleta de los de «antes», gran fondista, con una carretilla de mano, camino de la Estación, portando mercancías de la factoría en que trabajaba.

Don Laureano —muy en su puesto— advirtió de la infracción al interesado, quien haciendo gala de un buen humor que siempre derrochó, respondió a su vez al funcionario, que al día siguiente lo repetiría, y siempre que le diese la gana. El cabo le participó que si tal cosa sucedía se vería obligado a sancionarle, a lo que arguyó nuestro hombre que eso sería imposible.

A la hora acostumbrada, y para que no hubiese merma a la Autoridad, el buen cabo prestó vigilancia personalmente, viendo que, efectivamente, nuestro hombre portaba la carretilla habitual y se disponía a atravesar el paraje prohibido. Pero al llegar a la Alameda, se echó la carretilla al hombro, y de esta guisa pasó hasta la calle de Viteri, al llegar a la cual, dijo a don Laureano:

—Yo... ya he cumplido mi palabra. Ahora... ¡castígueme usted!

Una sonora carcajada fue la respuesta.